

## TESTIMONIO CAID

*“Ni nombre es Rosa Maria, hija de Emilia y Guillermo Alfonso, nací el 15 de mayo de 1969 en Mancillas, una vereda de Ataco, Tolima...”*, así es como se presenta Rosa Maria, mujer entusiasta, atendida en el CAID a finales del año 2002, y quien participa actualmente en el curso de confecciones del proyecto, ella nos ha relatado su historia y nosotros la presentamos a continuación, la cual es reflejo de los sentires y anhelos de una mujer que ha sido víctima de la guerra, la discriminación, la inasistencia por parte del estado, pero que pese a todo ello, se mantiene de pie buscando salidas para la situación difícil a la cual ha sido sometida junto con su familia, sacando el mejor provecho de las escasas oportunidades que ha podido hallar en un lugar tan hostil como lo puede ser Bogotá para una mujer de origen campesino.

*“Yo soy la mayor de 10 hermanas y dos hermanos, con quienes crecí en una finca cafetera, en la que recogíamos además de café, plátano, yuca y maíz”*

Rosa Maria cuenta que pudo estudiar solamente hasta quinto de primaria debido a las pocas oportunidades que a ese nivel ofrecía su pueblo, en el cual no había bachillerato y mucho menos educación superior. Ella junto con su familia, vivía para el campo, dedicándose específicamente a la recolección de los cultivos en su finca.

Cansada de lo que ella califica como una “vida monótona”, decide casarse a la edad de 20 años con Elí Castro García y buscar nuevos horizontes, forjándose su propio destino. Por tanto se fue a vivir a un pueblo el cual ella consideraba que le brindaba más posibilidades de progreso personal y familiar. De esta manera se fue junto con su esposo a vivir a Coyaima, pueblo que se encuentra ubicado al sur del Tolima, cercano al río San Pedro, casi a cuatro horas de Ibagué y a dos de su pueblo natal.

Coyaima, según el relato de Rosa Maria, es un pueblo indígena, en el que notó que sus habitantes eran, diferentes a ella y su familia, pues *“tenían la piel oscura, hablaban al revés, eran raros y diferentes”*. Dice que el pueblo es de clima cálido, a lo cual atribuye que su gente sea alegre y espontánea.

*“Los habitantes de Coyaima viven en su mayoría de la hoja de plátano, la cual se utiliza para envolver tamales, así mismo su tierra es bastante fértil por lo que los cultivos de algodón, ajonjolí, sorgo y arroz eran bastante comunes y rentables”*. Cuenta que Coyaima también es un pueblo minero, en él se han extraído metales preciosos, al igual que en su pueblo Ataco al cual *“lo querían tumbar porque debajo de él había oro”*.

Rosa recuerda con mucho cariño a Coyaima, prácticamente se siente de allá y dice que este *“no es un pueblo pobre porque tiene buenos cultivos y esto hace que todo lo que se produzca se venda, hasta lo que se trae de Bogotá”*. De manera especial recuerda las navidades que vivió estando allí, *“esta era la fiesta más importante, se estrenan ropas y se preparan suculentos platos: lechona, tamales, dulce de papaya y se baila hasta el amanecer”*.

Rosa Maria vivía en una casa grande que mantenía las puertas abiertas como era lo normal en el pueblo, con su esposo y sus tres hijos: Andrea de 14 años, Vanesa de 11 y Gabriel de 10. Elí trabajaba con su carro transportando gente del pueblo a la vereda, mientras que ella atendía su negocio, donde tenía canchas de tejo. Ella recuerda que “no había una persona que no jugara tejo, se veía el alcalde, los médicos, las enfermeras, y cualquier persona común”. El tejo no lo jugaban sólo los desocupados sino cualquier persona porque era un deporte más. Este negocio le producía a ella las ganancias necesarias para suplir sin problemas sus necesidades y apoyar a su familia extensa.

Sin embargo, “los problemas empezaron a aparecer cuando los paramilitares llegaron al pueblo, pedían vacas, gallinas y todo lo que tenían, además comenzaron los asesinatos”. Su esposo junto con el sobrino de ella, fueron acusados por los paramilitares de colaborar con la guerrilla, porque supuestamente, ellos transportaban a los guerrilleros de un lugar a otro. Esto dio lugar al asesinato de su sobrino, aunque ella señala que no sabe realmente quien fue. Este hecho, la marcó profundamente porque tuvo que ver el cuerpo de su sobrino prácticamente destrozado, el cual tuvieron que buscar en las orillas del río, algo que no había visto nunca. Luego de esto, le robaron el carro a su esposo, y Elí, al tratar de conseguir otro para continuar con su trabajo, empezó a recibir amenazas de muerte por lo cual tuvieron que huir de Coyaima.

Rosa tenía claro adónde debían ir, su “destino seguro era Bogotá”. Ella conocía Bogotá porque había vivido durante dos años allí y su experiencia fue bastante agradable hasta el punto en que ella dice: “no sé porque me devolví a mi pueblo”. Así mismo, ella cree que en Bogotá puede encontrar mayores opciones para sus hijos, las cuales Coyaima no le podía proporcionar, sobre todo en cuanto al estudio, porque ella dice que “los bachilleres en Coyaima salen y se ven vendiendo plátanos, verduras y barriendo las calles”. Además dice que sus hijas, quieren ser profesionales, una de ellas quiere ser abogada y la otra enfermera y así que Rosa Maria no piensa truncar sus sueños y dice: “espero darles a ellas lo que yo nunca pude tener”.

En Bogotá vive en el barrio San Francisco, acomodada junto con su familia en un cuarto en la casa de un amigo que conoció en su pueblo, allí solo tienen que pagar de arriendo cincuenta mil pesos mensuales. Su esposo está trabajando como conductor de una empresa de carpas, pero ella no ha podido trabajar ni un sólo día porque no consigue empleo, lo cual la aflige. Sus hijos están estudiando, las niñas en un colegio distrital, en el cual cursan octavo y sexto, y el menor está estudiando en una escuela donde realiza cuarto de primaria. Rosa Maria afirma que “por lo general, conseguir estudio para la gente desplazada no es tan fácil” pero asegura que con perseverancia y exigiendo el cumplimiento de sus derechos, se consiguen las cosas.

Cuando llegó a Bogotá se dirigió a la Red de Solidaridad, institución estatal responsable de atender a la población desplazada, y cuenta que no encontró sino “desprecios, malos tratos y desplantes”, pero afortunadamente allí se encontró con el presidente de la Junta de Coyaima el cual le brindó información sobre la Fundación Mencoldes.

Rosa relata que Coyaima, al ser un pueblo indígena está organizado en cabildos y en Juntas. Ella hacía parte de un cabildo de estos porque así tenía acceso a atención en salud, comenta que la persona que le habló de Mencoldes, trabajaba en su pueblo por los indígenas y por el bienestar de la comunidad, *“él también fue desplazado”*.

Rosa comenta que uno de los mayores problemas que ha tenido que afrontar, es que aún no la ingresado al sistema de registro de población desplazada de la Red de Solidaridad, ya que *“según la gente de la Red, no tengo ningún rasgo físico parecido al resto de los desplazados coyaimunos, además dicen que no tengo ningún apellido similar, a los de los que son indígenas”*. Ella dice que no quiere que la reconozcan como desplazada por *“tener un mercado, porque el mercado me lo como y quedo igual, me preocupa es el subsidio de vivienda”*, ya que aunque al comienzo fueron bien recibidos por quien les dio posada, ella piensa que él señor puede estar considerando tanto tiempo de estadía en su casa como un abuso, así que ella se quiere tener una casa donde pueda vivir junto con su familia sin tener que angustiarse por pagar un arriendo.

Rosa Maria valora muchos los servicios que le ha sido prestado en Mencoldes y el sobre el cual dice *“que no es solo por los mercados, sino por el apoyo y las facilidades que me ha brindado para aprender a coser”*, ella está participando en el curso de sastrería y dice que ahora se ha interesado más por aprender y pensado que sabiendo este oficio puede conseguir trabajo, aun que también es conciente que hay que competir laboralmente ya que en la ciudad *“hay gente profesional que tiene más posibilidades por su experiencia”*.

Ella no descarta la idea de volver a Coyaima pero es realista con respecto a su pueblo y dice que ahora la situación de violencia es más difícil que cuando ella se vino porque *“allá no queda ni el alcalde, ni la policía, sólo está el cura y al resto los mataron”*. Así que plantea quedarse en Bogotá, por lo menos hasta cuando sea posible regresar a su pueblo sin que su vida y la de sus seres queridos estén en peligro.